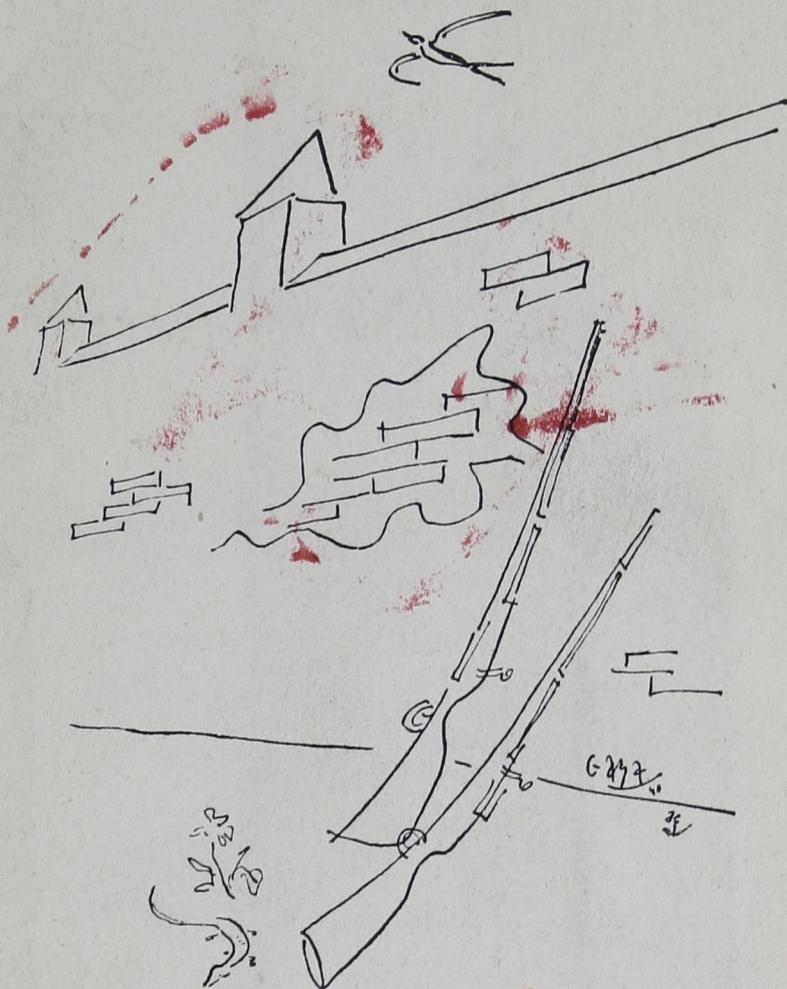


JULIO TORRÌ

DE FUSILAMIENTOS



LA CASA DE ESPAÑA EN  
MÉXICO

M 864.4  
T 695f  
ej. 2

Fué Julio Torri uno de los más mozos en el Ateneo de la Juventud. Cuando vino de su provincia, ya traía el instinto de la cultura. Andaba en aquel pequeño grupo de amigos que se caracterizó, desde la primera hora, por su amor a las letras clásicas y a las mejores tradiciones hispánicas. Este abono, sobre su naturaleza feliz, pronto hizo de él uno de los mejores prosistas de su generación. Su temperamento se expresó en una poesía sazónada siempre de humorismo. En su primer libro, *Ensayos y poemas*, deja páginas perdurables y registra aquella hora recóndita en que el hombre puede libertarse de la realidad sin que se ofenda ninguna de las once mil leyes naturales. Escribe con brevedad, publica poco, apura con sabiduría su porción del tiempo. El mismo define aquí su estética. Insistir le parece cosa más manual que espiritual. Le gusta descubrir nuevas minas. ¿Explotarlas? Que lo hagan otros. El sigue de frente, plantando aquí y allá su bandera. Certero y leve. Caso único de sobriedad en esta vegetación de América y en su ascendencia de facundos mediterráneos. Le acomodan como a pocos los versos de la *Razón de amor*:

*Moró mucho en Lombardía  
para aprender cortesía.*

Cortesía de trato, de estilo, de saber poético. Humanista y bibliófilo. Fiel a las buenas lecturas y a las amistades aquí-latadas. Su segundo libro, su libro actual, es como una fiesta sin ruido. Hace mucho que nos lo debía. Para el editor es un privilegio publicarlo.

7318

lio

amientos

7318

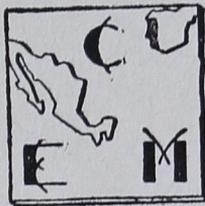
amientos.



DE FUSILAMIENTOS

JULIO TORRI

DE  
FUSILAMIENTOS



*LA CASA DE ESPAÑA EN MEXICO*



M 864.4  
+695de  
ej. 2

(7318)

2

87

Primera edición, 1940

Queda hecho el depósito que  
marca la ley. Copyright by  
*La Casa de España en México*

Impreso y hecho en México  
Printed and made in Mexico

por

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Av. Madero, 32



DE FUSILAMIENTOS

**E**L fusilamiento es una institución que adolece de algunos inconvenientes en la actualidad.

—Desde luego, se practica a las primeras horas de la mañana. —“Hasta para morir precisa madrugar”—, me decía lúgubrementemente en el patíbulo un discípulo mío que llegó a destacarse como uno de los asesinos más notables de nuestro tiempo.

El rocío de las yerbas moja lamentablemente nuestros zapatos, y el frescor del ambiente nos arromadiza. Los encantos de nuestra diáfana campiña desaparecen con las neblinas matinales.

La mala educación de los jefes de escolta arrebatada a los fusilamientos muchos de sus mejores partidarios. Se han ido definitivamente de entre nosotros las buenas maneras que antaño volvían dulce y noble el vivir, poniendo en el comercio diario gracia y decoro. Rudas experiencias se delatan en la cortesía peculiar de los soldados. Aun los hombres de temple más firme se sienten empequeñecidos, humillados, por el trato de quienes difícilmente se contienen un instante en la áspera ocupación de mandar y castigar.

Los soldados rasos presentan a veces deplorable aspecto: los vestidos, viejos; crecidas las barbas; los zapa-

tones cubiertos de polvo; y el mayor desaseo en las personas. Aunque sean breves instantes los que estáis ante ellos, no podéis sino sufrir atrocemente con su vista. Se explica que muchos reos sentenciados a la última pena soliciten que les venden los ojos.

Por otra parte, cuando se pide como postrera gracia un tabaco, lo suministrarán de pésima calidad piasosas damas que poseen un celo admirable y una ignorancia candorosa en materia de malos hábitos. Acontece otro tanto con el vasito de aguardiente, que previene el ceremonial. La palidez de muchos en el postrer trance no procede de otra cosa sino de la baja calidad del licor que les desgarran las entrañas.

El público a esta clase de diversiones es siempre numeroso; lo constituyen gentes de humilde extracción, de tosca sensibilidad y de pésimo gusto en artes. Nada tan odioso como hallarse delante de tales mirones. En balde asumiréis una actitud sobria, un ademán noble y sin artificio. Nadie lo estimará. Insensiblemente os veréis compelidos a las burdas farsas de los embaucadores.

Y luego, la carencia de especialistas de fusilamientos en la prensa periódica. Quien escribe de teatros y deportes tratará acerca de fusilamientos e incendios. ¡Perniciosa confusión de conceptos! Un fusilamiento y un incendio no son ni un deporte ni un espectáculo teatral. De aquí proviene ese estilo ampuloso que aflige al *connaissanceur*, esas expresiones de tan penosa lectura como "visiblemente conmovido", "su rostro denotaba la contrición", "el terrible castigo", etc.

Si el estado quiere evitar eficazmente las evasiones

de los condenados a la última pena, que no redoble las guardias, ni eleve los muros de las prisiones. Que purifique solamente de pormenores enfadosos y de aparato ridículo un acto que a los ojos de algunos conserva todavía cierta importancia.

(1915).

PARA AUMENTAR  
LA CIFRA DE ACCIDENTES

UN hombre va a subir al tren en marcha. Pasan los escaloncillos del primer coche y el viajero no tiene bastante resolución para arrojarse y saltar. Su capa revuela movida por el viento. Afirma el sombrero en la cabeza. Va a pasar otro coche. De nuevo falta la osadía. Triunfan el instinto de conservación, el temor, la prudencia, el coro venerable de las virtudes antiheroicas. El tren pasa y el inepto se queda. El tren está pasando siempre delante de nosotros. El anhelar agita nuestras almas, y ¡ay de aquél a quien retiene del miedo de la muerte! Pero si nos alienta un impulso divino y la pequeña razón naufraga, sobreviene en nuestra existencia un instante decisivo. Y de él saldremos a la muerte o a una nueva vida, ¡pésele al Destino, nuestro ceñudo príncipe!



LA AMADA DESCONOCIDA.

**D**ON Juan . . . por quien olvidan las cortesanas parisienses de moda sus ahorros en el Banco de Francia. Rey norteamericano de una industria como la del acero y el petróleo, la trata de blancas. En México galopa camino de la Sierra con una mujer desmayada entre los brazos. Es en España, su país natal, un señorito a quien castigará el cielo cualquier día por sus grandes infamias.

Duro vengador de hombres y símbolo de energía mediterránea, pasa ante los varones que le envidian y las hembras que por él se pierden, con la levedad de una figura de mito y la gracia de un mancebo pintado en ático vaso. (¡Oh Keats, las melodías no escuchadas son menos dulces que tu oda inmortal!)

Victorioso y risueño—diríase que bajaba del tálamo de una deidad—con ligero paso se dirige al cementerio. Viste de negro, y en una ciudad de deportistas y *dandies* pasaría inadvertido. Sus ojos grises—feroces para tantas heroínas llorosas—miran ahora distraídamente. Una sonrisa ilumina el rostro, como aquéllas que fueron compradas con el dolor de toda una vida.

Mal sujeto a todas luces, sólo tolera los mejores momentos del trato femenino. Cínico, despoja al amor de

su prestigio romántico. Con decisión y aplomo espera su condenación, porque los avisos del criado, a pesar de todo, procedían del cielo.

Taimadas garduñas e hijos de pega consumirán su hacienda y acibararán su solitaria vejez; pero nada le arredra, ni las llamas del infierno, ni siquiera las molestias de su celebridad equívoca.

Entre fotógrafos y reporteros, curiosos y badulaques de toda laya, cruza la puerta del camposanto, con una corona de flores al brazo. Conmovido, como se conmueven las gentes de buen tono; ágil, con mucho de felino en el paso y algo de hastío elegante en la figura; al modo de quien cumple uno de tantos deberes sociales, pura fórmula desprovista ya de contenido y significación, deposita con impertinente gracia una corona de siemprevivas en la tumba de la amada desconocida, la pobre muchacha sin nombre que no reclamó eternidad al caballero despiadado de los fugaces amores.

LA GLORIOSA

**L**AS cuestras y llanos se pueblan de los pobrecitos indios. Ya baja allá a lo lejos la imagen que traen en andas, con gran acompañamiento de gentes. Los cirios y candelas brillan amortiguadamente en la serena luz de la tarde. Este año ha sido de sequía. Las milpas están resecas y los gañanes tienen oprimido el corazón por la falta de bienhechoras lluvias, de las aguas que reverdezcan los campos, que tornen su pureza al aire y la alegría al alma contristada del labriego.

Por encima de las cabezas descubiertas e hirsutas, de las luces que constelan de diamantes el pálido damasco del cielo sin nubes, y de las caras graves y hurañas de los fieles, se mantiene levemente sobre las andas, en su peana dorada. Es pequeña; de rostro moreno, casi negro; su manto estofado desciende triangularmente, broslado de gemas, sobre una media luna.

Antaño un virrey se despojó de sus insignias para que ella las luciese. Y cuando el cólera grande despoblaba ciudades y villas, el Presidente de la República le dió ese collar de amatistas que centellea con tenues fulgores purpurinos. Entonces fué traída con gran pompa a la Catedral de México, cuyas suntuosas naves hospedaron algunos días—los más fieros de la peste—a la Noble Se-

ñora, que añoraba desde lo alto del coruscante altar su rústico santuario.

Bajo el cielo inclemente, por los requemados mazaes, los cánticos se elevan quejumbrosos. El dolor de las gentes sencillas y pobres, la fe obstinada y potente, el espíritu de esta raza milenaria animan las letanías, entonadas en falsete. Parpadean los velones. El polvo, esfumino de lejanías, hace menos violenta la cresta de la Sierra. Las voces imploran desafinadas y tercas

*¡Ob Madre, tierna, bendita,  
Ayuda a nuestra Nación,  
Pues mucho lo necesita!*

LA HUMILDAD PREMIADA

( 7318 )

Q :

2

**E**N una Universidad poco renombrada había un profesor pequeño de cuerpo, rubicundo, tartamudo, que como carecía por completo de ideas propias era muy estimado en sociedad y tenía ante sí brillante porvenir en la crítica literaria.

Lo que leía en los libros lo ofrecía trasnochado a sus discípulos la mañana siguiente. Tan inaudita facultad de repetir con exactitud constituía la desesperación de los más consumados constructores de máquinas parlantes.

Y así transcurrieron largos años hasta que un día, en fuerza de repetir ideas ajenas, nuestro profesor tuvo una propia, una pequeña idea propia luciente y bella como un pecesito rojo tras el irisado cristal de una pecera.

EL DESCUBRIDOR

**A** SEMEJANZA del minero es el escritor: explota cada intuición como una cantera. A menudo dejará la dura faena pronto, pues la veta no es profunda. Otras veces dará con rico yacimiento del mejor metal, del oro más esmerado. ¡Qué penoso espectáculo cuando seguimos ocupándonos en un manto que acabó ha mucho! En cambio, ¡qué fuerza la del pensador que no llega ávidamente hasta colegir la última conclusión posible de su verdad, esterilizándola; sino que se complace en mostrarnos que es ante todo un descubridor de filones y no mísero barretero al servicio de codiciosos accionistas!

EL HEROE

**T**ODO se adultera hoy. A mí me ha tocado personificar un heroísmo falso. Maté al pobre dragón de modo alevoso que no debe ni recordarse. El inofensivo monstruo vivía pacíficamente y no hizo mal a nadie. Hasta pagaba sus contribuciones, y llegó en inocente simplicidad a depositar su voto en las ánforas, durante las últimas elecciones generales. Me vió llegar como a un huésped, y cuando hacía ademán de recibirme y brindarme hospedaje, le hendí la cabeza de un tajo. Horrorizado por mi villanía huí de los fotógrafos que pretendían retratarme con los despojos del pobre bicho, y con el malhadado alfanje desenvainado y sangriento. Otro se aprovechó de mi fea hazaña e intentó obtener la mano de la princesa. Por desdicha mis abogados lo impidieron y aun obligaron al impostor a pagar las costas del juicio. No hubo más remedio que apechugar con la hija del rey, y tomar parte en ceremonias que asquearían aún a Mr. Cecil B. de Mille.

La princesa no es la joven adorable que estáis *desde hace varios años* acostumbrados a ver por las tarjetas postales. Se trata de una venerable matrona que como tantas mujeres que han prolongado su doncellerz, se han chupado interiormente. (Perdonadme lo bajo de la ex-

presión.) Resulta su compañía tan enfadosa que a su lado se explica uno los horrores de todas las revoluciones. Sus aficiones son groseras: nada la complace más que exhibirse en público conmigo, haciendo gala de un amor conyugal que felizmente no existe. Tiene alma vulgar de actriz de cine. Siempre está en escena, y aun lo que dice dormida va destinado a la galería. Sus actitudes favoritas, la de infanta demócrata, de esposa sacrificada, de mujer superior que tolera menesteres humildes. A su lado siento náuseas incontenibles.

En los momentos de mayor intimidad mi egregia compañera inventa frases altisonantes que me colman de infortunio: “la sangre del dragón nos une”; “tu heroicidad me ha hecho tuya para siempre”; o bien “la lengua del dragón fué el ábrete sésamo”; etc.

Y luego las conmemoraciones, los discursos, la retórica huera . . . toda la triste máquina de la gloria. ¡Qué asco de mí mismo por haber comprado con una villanía bienestar y honores! ¡Cuánto envidia la sepultura olvidada de los héroes sin nombre!

MUJERES

**S** IEMPRE me descubro reverente al paso de las mujeres elefantas, maternales, castísimas, perfectas.

Sé del sortilegio de las mujeres reptiles—los labios fríos, los ojos zarcos—que nos miran sin curiosidad ni comprensión desde otra especie zoológica.

Convulso, no recuerdo si de espanto o atracción, he conocido un raro ejemplar de mujeres tarántulas. Por misteriosa adivinación de su verdadera naturaleza vestía siempre de terciopelo negro. Tenía las pestañas largas y pesadas, y sus ojillos de bestezuela cándida me miraban con simpatía casi humana.

Las mujeres asnas son la perdición de los hombres superiores. Y los cenobitas secretamente piden que el diablo no revista tan terrible apariencia en la hora mortecina de las tentaciones.

Y tú, a quien las acompasadas dichas del matrimonio han metamorfoseado en lucia vaca que rumia deberes y faenas, y que miras con tus grandes ojos el amanerado paisaje donde paces, cesa de mugir amenazadora al incauto que se acerca a tu vida, no como el tábano de la fábula antigua, sino llevado por veleidades de naturalista curioso.

EL CELOSO

**A**OJITLAN de los Naranjos no ha llegado el ferrocarril. Las costumbres se conservan aún patriarcales, aunque a la verdad el pueblo no ha progresado mucho que digamos.

Son gentilísimas sus mujeres, arrebozadas en los sedes *santamarías*, a la salida de misa o en las serenatas de la plaza de armas bajo la magia de la noche tropical y ardiente.

Por las aceras de las callejas, a la sombra de copudos nogales, corren acequias tapizadas de berros. Entre fresnos añosos se recatan gráciles las torres y el campanario en espadaña de la parroquia, preciada joya del arte churrigueresco. Más allá de las últimas casas, sobre muelles ondulaciones del terreno, se dilatan como tapices los campos de labor, ceñidos por vallados de órganos y heráldicos magueyes.

En este pueblo vivía hasta poco ha un coronel retirado, cuya familia era de antiguo arraigo en la comarca. Alto, enjuto, recio de carnes, el campo le había dado fuerza y dureza. Por lo demás, seco en el trato, silencioso y taciturno de humor. Si se le examinaba atentamente, conmovía la tristeza de sus ojos apagados.

Su esposa Doña Rosita era una señora de provincia,

sumisa, hacendosa, de mirar inocente, tímida, devota, con el espíritu de sacrificio característico de nuestras mujeres criollas, tan bello y tan absoluto.

La dicha de ambos pareció siempre completa a las inquisitivas miradas de las comadres y vecinas. Sólo que él tenía un modo morboso de amarla, pues le atormentaban singulares celos, que ante ella sin embargo reprimió siempre con hombría rústica y brava.

Los celos . . . Turbación de nuestra alma que cobra agudísima conciencia de su soledad irremediable. Pasión que no mueve a piedad por ser acaso la más individual y exclusiva, y que a los más lamentables extravíos conduce. Amargo y cruel resabio de lo quebradizo que es todo concierto y buena inteligencia.

Si se desecha el fatalismo del amor se engendran celos inextinguibles. En efecto, la pasión que dignifica mi vida ¿es necesaria y fatal? La mujer que esclarece y dora mi gris existir ¿me estaba predestinada? O pudo ser de otro, a mediar cualquier circunstancia de esas en apariencia triviales pero que son decisivas para torcer el errátil curso de nuestro destino. Y si pudo ser de otro, puede serlo aún. Su amor no viene de la necesidad, sino de la contingencia, del juego loco de los sucesos. Y ando a caza de pruebas en favor de la predestinación si revuelvo a veces lo pasado para alimentar mis querellas. El azar que me dió a la amada es capaz de arrebatármela. En todo momento—sigue diciéndose el celoso—hay que apuntalar el andamiaje frágil de mi gozo.

Y el pobre hombre toma de continuo precauciones contra extraños peligros y oscuros riesgos. Sus pun-

zantes cautelas, su corrosiva desconfianza, su miedo patológico son incurables como tantos males imaginarios.

Tortura de sí mismo, prevención inútil contra el incierto giro de la suerte, forcejeo por mantener cerrada una puerta que empujan desde afuera incógnitas potencias, tétrica luz que vuelve el mundo totalmente hostil, los celos evocan tristes imágenes, negros símbolos. ¡Pia-dosas artes las de saber con un apretón de manos, con una mirada clara, con unas palabras inocentes, ahuyentar los recelos que revolotean pertinaces en torno al mísero celoso!

Si doña Rosita mostraba predilección por algo, él secretamente lo destruía; si hablaba con afecto de algún servidor, se remuneraba a éste con esplendidez y se le despedía al instante.

Fué poco a poco adivinando la fatal condenación que atraía sobre cuanto la agradaba. Se abstuvo entonces de cualquier impulso de simpatía y adquirió un aire singularmente noble, deslizándose entre las cosas sin apasionarse con ellas, desentendida de la complacencia que suelen despertar en nuestros sentidos, consagrada por entero al amor de su marido.

En la penumbra de su apartamento, la palidez y el brillo inusitado de los ojos le daban el prestigio de una aparición. Su sonrisa tenía no sé qué de extrahumano. Dijérase que la proximidad de su muerte la transfiguraba y revestía de sutil belleza.

La pobre señora enfermó. En Ojitlán no se supo a ciencia cierta de qué mal, pues sólo el esposo tenía acceso hasta la alcoba de su mujer. Se propaló la noticia

de su extremada gravedad. El médico del lugar—venerable viejo ungido por una sabiduría superior a la que dispensan los libros—acudió al coronel y le propuso atender a la enferma. Tal ofrecimiento fué recibido con aspereza. Era absurdo pensar que un extraño se llegara hasta la agonizante, le tomase el pulso, la auscultase, la examinase todavía con mayor impertinencia. Así fué que la buena señora murió finalmente.

Como siempre sucede en casos tales, concurrieron solícitas las vecinas (que llevaban años de no visitar la casa) a vestir a la difunta, a rezarle, tal vez a curiosear. El coronel las despedía hosco en la puerta. No otras manos que las suyas tocarían jamás a su esposa, muerta o viva. Y fué él quien desempeñó esos menesteres en que se ejercita la más bella piedad.

Tortura sin par la del viudo cuando vistió a su preciosa finada. Al meter los vestidos de raso y blondas en los miembros entumecidos, al calzar los adorados pies con los zapatitos de satín, al deslizar bajo el rígido talle los brazos para levantarla suavemente y colocarla en la caja, sin duda probó aquel fuerte corazón las más salvajes embestidas del fiero dolor. Es posible que la razón misma se enturbiara en aquella cruel prueba.

Algunas familias enviaron coronas y flores que recibían los criados. Las ventanas permanecieron cerradas y en vano los curiosos atisbaron por si conseguían ver al misterioso coronel, sobre quien pesaba ya una leyenda negra.

El sepelio no fué al día siguiente, como es costumbre. Conocido de todos el violento amor del marido, se

pensó que quería éste dilatar por algunas horas la separación definitiva.

Pero pasó otro día, sin que se llevara a cabo el entierro. Y otro día más . . . y aun cinco. La curiosidad pública estaba excitadísima. A la semana justa intervino la autoridad para dar cristiana sepultura al cadáver. El viudo no se había apartado hasta entonces de su amada.

Cuando se abrieron las ventanas y el sol entró por la estancia a raudales, hallaron el alcalde y sus acompañantes, que no eran pocos por cierto, al coronel sentado junto al ataúd entreabierto, con una mano de la muerta entre las suyas callosas y nervudas.

Alelado por su pena no opuso resistencia a las órdenes del alcalde, y la inhumación se llevó adelante sin nuevos incidentes.

Pero al anochecer del día del entierro vióse al viudo cruzar el villorrio, camino del cementerio. Allí pasó la noche, dando lentos paseos cerca de la sepultura de su esposa, embozado siniestramente en su capa, ensimismado en no se sabe que pesarosas meditaciones.

Y volvió la noche siguiente y todas las demás hasta su muerte (que fué mucho tiempo después) a velar su sueño en medio de espesas tinieblas propicias a los espantos y nahuales. Durante sus lúgubres paseos entre las tumbas le roían el ánimo porfiados celos, y escrutaba los campos del contorno por si acudía *el otro*, el que había de amarla con la misma tenacidad inquebrantable. Pero éste no acudió nunca porque no existía más que en la imaginación del coronel, para su propio tormento.

Amores tan desesperados y constantes ocurren rarísima vez y son respecto de la vida cotidiana como locas girándulas en una noche sin estrellas. Sorprende lo desmesurado de tales pasiones que no guardan proporción con nuestras vidas, con las que no están a escala. Amamos, ambicionamos y odiamos como si fuéramos inmortales. Nuestra alma, en trance pasional, sobrepasa las estrechas compuertas de una encarnación y se revela en su amplio vuelo milenario.

ANYWHERE IN THE SOUTH

*Mujeres fire-proof, a la pasión inertes,  
Llenas de fortaleza, como las cajas fuertes.*

(El poeta José Juan Tablada).

**Y**O, que no traigo credenciales en regla del Parnaso, carezco ¡ay! de mensaje lírico, y que podría contribuir con más de una a las Cien Peores Poesías Líricas Mexicanas;

y ella: largos ojos oblicuos, tez finísima, cuerpo de nadadora. Bebe coca cola y forma parte de una fraternidad universitaria. ¿Es inteligente Miss Smith? Tal vez nó; pero no importa porque es femenina con femineidad perfumada, con suave intimidad de compañera sumisa.

En el cinematógrafo, ante mis malévolas dudas y mis fingidos celos retrospectivos, poniéndose en pie y extendiendo el brazo, jura por su Dios, anabaptista y cándida.

Entreveo por un instante el interminable rosario de domingos, yo cantando himnos a su lado en un templo de paredes desnudas; o la caravana de semanas, alimentando preocupaciones crematísticas bajo el ventilador insomne; o me represento contristado ante sus iracundas miradas, en una abrasada carretera de Arizona, mientras el Ford—no del todo pagado—se niega a caminar y persiste en crearme conflictos conyugales.

La tentación pasa como una banda militar, conturbando al alma, incorregible prisionera que se deleita en el espejismo de las vidas posibles.

De mis divagaciones aterrizo con una de sus preciosas manos entre las mías. ¡Pobre orquídea tejana a quien no arredra lo incierto de mi porvenir! Porque en resumen: no soy más que un profesor adjunto que en los cursos veraniegos de este año explica en mangas de camisa la *Quijotita* y el *Periquillo*.

LA FERIA

Y estando a —  
Y estando amarrando un gallo  
Se me ré —  
Se me reventó el cordón.  
Yo no sé  
Si será mi muerte un rayo . . .

**L**OS mecheros iluminan con su luz roja y vacilante rimeros de frutas, y a contraluz proyectan negras las siluetas de los vendedores y transeúntes.

—¡Pasen al ruido de uñas, son centavos de cacahuates!

—¡El setenta y siete, los dos jorobados!

—¡Las naranjas de Jacona, linda, son medios!

Periquillo y Enero están en un círculo de mirones, en el cual se despluma a un incauto.

—¡Don Ferruco en la Alameda!

—¡Niña, guayabate legítimo de Morelia!

—¡Por cinco centavos entren a ver a la mujer que se volvió sirena por no guardar el Viernes Santo!

Dos criadas conversan: —En México no saben hacer *prucesiones*. Me voy pues a pasar la Semana Santa a Huehuetoca . . .

Una muchacha a un lépero que la pellizca: —¡No soy diversión de nadie, roto tal!



—¡El que le cantó a San Pedro!

—¡El sabroso de las bodas!

—¡El coco de las mujeres!

—Pasen al panorama, señoritas, a conocer la gran ciudad del Cairo!

Una india a otra con quien pasea: —Yo sabía leer, pero con la Revolución se me ha olvidado.

En la plaza de gallos les *humedecen* la garganta a las cantadoras; y los de Guanaceví se aprestan a jugar contra San Juan de los Lagos.

En mitad del bullicio, —¡oh tibia noche mexicana en azul profundo de esmalte!—acompañado de tosco guitarrón, sigue cantando el ciego, con su voz aguda y lastimera:

O me ma —

O me matará un cabrón

Desos que an —

Desos que andan a caballo

Validós

Validos de la ocasión.

Y a de ser pos cuando nó.



PLAUTINA

**L**YCONIDES, sedujiste a la hija de Euclión en tanto que tu esclavo hurtaba la marmita con el tesoro del avaro. Y mientras ella invocaba con grandes voces a Lucina, el burlado Megadoro hacía comprar congrios y vino para celebrar el sacrificio nupcial.

Comedido Periplectómenes, la flor de los filósofos, tienes cuanto puede desearse en un varón prudente: durante el banquete no arrebatas el mejor manjar, ni acaricias al beber a la amante ajena, ni empinas el vaso de otro, y reclinado sólo meditas en Venus, el Amor y las Gracias.

La profesión de la lena se parece a la del pajarero: *Si papillan pertractavit, haud id est ab re aucupis*. Los enamorados son como los peces. Sólo aprovechan los nuevos. No hay tallas, ni pinturas ni escrituras de poeta donde las alcahuetas obren bien. ¿No lo sabías, apasionado mozalbete, hermano nuestro en la propiciación de tu vida y tu dinero?

Parásito Ergásilo que aguzas sin medida el ingenio con tu hambre: los mozos en el Foro, tras reír tus donaires, quedarán callados cuando les interrogues dónde es la cena. La sutileza no recibe ya estímulo del rico.

Y tú Pyrgopolinices, cuyas hazañas inventa el acomodaticio Artotrogo, mañana las aprenderán de coro nuestros pobres nietos, bajo plagosa férula, en los libros de historia contemporánea.

## LA COCINERA

*... más vale que vayan los fieles a perder su tiempo en la maroma, que su dinero en el juego, o su pellejo en los fandangos.*

*(General Riva Palacio, Calvario y Tabor.)*

**P**OR inaudito que parezca hubo cierta vez una cocinera excelente. La familia a quien servía se transportaba, a la hora de comer, a una región superior de bienaventuranza. El señor manducaba sin medida, olvidado de su vieja dispepsia, a la que aun osó desconocer públicamente. La señora no soportaba tampoco que se le recordara su antiguo régimen para enflaquecer, que ahora descuidaba del todo. Y como los comensales eran cada vez más numerosos renacía en la parentela la esperanza de casar a una tía abuela, esperanza perdida hacía ya mucho.

Cierta noche, en esta mesa dichosa, comíamos unos tamales, que nadie los engulló mejores.

Mi vecino de la derecha, profesor de Economía Política, disertaba con erudición amena acerca de si el enfriamiento progresivo del planeta influye en el abaratamiento de los caloríferos eléctricos y en el consumo mundial de la carne de oso blanco.

—Su conversación, profesor, es muy instructiva. Y los textos que Ud. aduce vienen muy a pelo.

—Debe citarse, a mi parecer,—dijo una señora—cuando se empieza a olvidar lo que se cita.

—O más bien cuando se ha olvidado del todo, señora. Las citas sólo valen por su inexactitud.

Un personaje allí presente afirmó que nunca traía a cuento citas de libros, porque su esposa le demostraba después que no hacían al caso.

—Señores,—dijo alguien al llenar su plato por sexta vez— como he sido hasta hoy el más recalcitrante sostenedor del vegetarianismo entre nosotros, mañana, por estos tamales de carne, me aguardan la deshonra y el escándalo.

—Por sólo uno de ellos—dijo un sujeto grave a mi izquierda—perdería gustoso mi embajada en Mozambique.

Entonces una niña . . .

(¿Habéis notado la educación lamentable de los niños de hoy? Interrumpen con desatinos e impertinencias las ocupaciones más serias de las personas mayores).

. . . Una niña hizo cesar la música de dentelladas y de gemidos que proferíamos los que no podíamos ya comer más, y dijo:

—Mirad lo que hallé en mi tamal.

Y la atolondrada, la aguafiestas, señalaba entre la tierna y leve masa un precioso dedo meñique de niño.

Se produjo gran alboroto. Intervino la justicia. Se hicieron indagaciones. Quedó explicada la frecuente desaparición de criaturas en el lugar. Y sin consideración para su arte peregrina, pocos días después moría en la horca la milagrosa cocinera, con gran sentimiento de algunos gastrónomos y otras gentes de bien que cubrimos piadosamente de flores su tumba.

LOS UNICORNIOS

**C**REER que todas las especies animales sobrevivieron al diluvio es una tesis que ningún naturalista serio sostiene ya. Muchas perecieron; la de los unicornios entre otras. Poseían un hermoso cuerno de marfil en la frente y se humillaban ante las doncellas.

Ahora bien, en el arca, triste es decirlo, no había una sola doncella. Las mujeres de Noé y de sus tres hijos estaban lejos de serlo. Así que el arca no debió de seducir grandemente al unicornio.

Además Noé era un genio, y como tal, limitado y lleno de prejuicios. En lo mínimo se desveló por hacer llevadera la estancia de una especie elegante. Hay que imaginárnoslo como fué realmente: como un hombre de negocios de nuestros días: enérgico, grosero, con excelentes cualidades de carácter en detrimento de la sensibilidad y la inteligencia. ¿Qué significaban para él los unicornios? ¿qué valen a los ojos del gerente de una factoría yanqui los amores de un poeta vagabundo? No poseía siquiera el patriarca esa curiosidad científica pura que sustituye a veces al sentido de la belleza.

Y el arca era bastante pequeña y encerraba un número crecidísimo de animales limpios e inmundos. El mal olor fué intolerable. Con su silencio a este respecto

el Génesis revela una delicadeza que no se prodiga por cierto en otros pasajes del Pentateuco.

Los unicornios, antes que consentir en una turbia promiscuidad indispensable a la perpetuación de su especie, optaron por morir. Al igual que las sirenas, los grifos, y una variedad de dragones de cuya existencia nos conserva irrecusable testimonio la cerámica china, se negaron a entrar en el arca. Con gallardía prefirieron extinguirse. Sin aspavientos perecieron noblemente. Consagrémosles un minuto de silencio, ya que los modernos de nada respetable disponemos fuera de nuestro silencio.

ESTAMPA

**E**L día fué caluroso. Se comienza a llenar de opalina sombra la hondonada, por cuyo fondo discurren ondas brillantes y tersas. Los árboles extienden espesas copas sobre la grama. En rústicos bancos están repartidas algunas parejas, las cabezas inclinadas, las caras graves y felices, perdidas las miradas en el tramonto. No se escuchan las palabras que murmuran los labios, pero se adivinan apasionadas y dulces, de las que levantan hondas resonancias en el espíritu. Ponen las girándulas su amarilla nota en el cielo verdemar, color de alma de Novalis. Los astros arden entre el follaje. Un niño juega con su perro. De las aguas asciende frescor perfumado que orea las frentes y extasía nuestros sentidos, penetrándolos con su caricia clara. Lucen al escondite las luciérnagas.

Fuera del cuadro un melancólico, la cara negra de sombra bajo el puntiagudo sombrerillo, herido de amorosas penas tasca desdenes y medita en insolubles enigmas. La tarde divina armoniza sus querellosas preocupaciones.

LE POÈTE MAUDIT

**M**UY poco grata era su compañía y evitada hábilmente por todos. Había perpetrado un latrocinio hacía mucho, y lo que es peor no conservaba nada del mal habido dinero. De las dos razas humanas, pertenecía a la que pide prestado. Era un fatuo sin igual que no hallaba en Darío sino un admirable virtuoso de las palabras, y en Lugones un imitador genial sin originalidad verdadera. Su vida era completamente irregular. Notoria su mala educación; y nadie extrañará que deliberadamente le hayamos olvidado cuando redactamos la lista de socios de la Agrupación Ariel. Su ilustración era muy desigual, y desde luego nada académica. De latín no sabía ni los rudimentos, ni leía a los humoristas ingleses del tiempo de la reina Ana, ni poseía la principesca edición de los cuentos de Lafontaine, que engalanaron Eisen y Chausse, ni había oído hablar del Pseudo Calístenes, del Pseudo Turpino, ni del Pseudo Pamphilus.

Pero a pesar de todo, y por raro capricho de la Fortuna . . . hacía mejores versos que nosotros. No cabe duda que los dones poéticos se reparten de modo arbitrario y a veces tocan en suerte a los peores sujetos (de que se pueden aducir tantos ejemplos ilustres).

—Se suele admirar hasta la idolatría a un poeta—nos decíamos en nuestras amables cenas de la Agrupación Ariel—y no apetecerlo para compañero en el paraíso.

Tras propinarnos intolerables acertijos rimados nos consolábamos considerando que si la poesía tiene curiosas virtudes como la de mover los árboles y detener la corriente de los ríos, no dignifica por sí sola a los que la cultivan ni los dota de autoridad en letras.

GLORIA MUNDI

LOS vuelcos de la fortuna son siempre lastimosos, pero cuando el sujeto es un empleado público, tienen algo de ridículo, sobre todo entre nosotros donde los cargos duran tan poco, y entre quienes la estabilidad de las posiciones burocráticas se resiente algún tanto de la marejada política que todo lo trastorna y derrueca.

Cierta infantilidad de nuestra idiosincracia—signo de razas inteligentes—explica que nos cansemos harto pronto de las personas que tenemos delante de los ojos, escritores, gobernantes o artistas. La tabla de nuestros valores intelectuales y de cualquier otro orden está gobernada por violentas sacudidas que las más veces no proceden de otra causa sino de la impaciencia de un público aburrido y ávido de todo cambio.

Muchos años hace que trabajaba yo en modesta sección de pomposo departamento. Mi jefe me ordenó cierta vez que arreglara en Industria un negocio de poca monta, pendiente sin embargo hacía meses. Con la grata perspectiva de salir a la calle (reléase *The Superannuated Man* de Charles Lamb), dejé gozoso las mangas de lustrina, tomé el sombrero, y ya al partir

escuché de nuevo las instrucciones de mi superior inmediato:

—Busque a Medrano, que conoce el asunto y allanará toda dificultad.

Pronto llegué en busca de Medrano al viejo palacio neoclásico donde residía el Ministro de Industria. Pregunto a porteros y conserjes por Medrano, y todos rectifican:

—¡Ah, el señor Medrano!—y ponen rostros graves.

—Suba al principal, y hágase anunciar en la segunda puerta de la derecha.

Larga antesala en un salón oscuro con mugrienta alfombra y artesonado Renacimiento. Columnitas de alabastro por los rincones, con polvorientos candelabros de tintineantes almendras. Un largo diván empotrado en la pared ofrece cómodo asiento a una veintena de pretendientes, heroicos en su resignada cesantía. Por todas partes la alientan egoístas displicentes con vagas esperanzas proferidas de mala gana desde umbrales hostiles.

Por aquellos lejanos días había renunciado su cargo el Ministro, y con él, el subsecretario, el oficial mayor, los directores generales y casi todos los jefes de sección. Así que por algunos días vino a encargarse de los asuntos inaplazables y de mero trámite, un empleado inferior, Medrano, que asentó sus reales en el lujoso despacho del Subsecretario. Como ocurrieron entonces algunas fiestas, no se proveyeron desde luego los empleos vacantes, y Medrano continuó, respecto de acuerdos que no cabe diferir, “al frente del Ministerio, encarga-

do de él hasta nueva orden y en virtud de superior resolución”, según rezaban las frases protocolarias que se estilan en tales casos.

Tras una hora de espera, el portero me hace pasar a un saloncito donde aguardan aún algunas personas. En esta nueva antesala se hallan individuos que Medrano tiene algún interés en recibir, en tanto que la primera sala está repleta de importunos a quienes se despedirá a la postre con la inhumanidad habitual.

Llega por fin mi turno, y el hosco guardián de la puerta me la franquea, anunciándome en alta voz. Medrano aparece sentado a una gran mesa abrumada con papeles, expedientes, libros, planos, pisapapeles, diccionarios, códigos, un pesado tintero de cristal y unas estatuillas de bronce de notable mal gusto.

Medrano es corpulento, su voz robusta; viste levita negra y es imperioso su ademán. Fuerte ha de ser la impresión que haga en el tímido ánimo de pedigüenos de empleos y pobres diablos.

Como es locuaz y grandilocuo apenas si me deja enterarlo del propósito de mi visita. A causa de su encumbramiento reciente, le preocupa mucho mostrarse llano y campechano con todos. Además hay en él ese leve descontento íntimo que trae a veces un cambio favorable de fortuna en ciertas gentes maltratadas de la suerte y limpias de corazón, y que las lleva a ofrecer excusas a los demás y como a pedirles perdón por su próspera situación presente. Siguiendo un soliloquio casi no interrumpido por la mutación del interlocutor, se queja

del exceso de trabajo, de lo delicado de éste, de sus grandes responsabilidades, etc.

— . . . como no hay ministro, ni subsecretario, ni oficial mayor, yo los suplo hasta donde me alcanzan las fuerzas. Calcule Ud. lo pesado de mi labor. Y luego, todo el mundo quiere empleos; yo no puedo disponer sino de los pocos que hay vacantes; así que quedo mal con cuantos me vienen a ver. Mis amigos salen de aquí pensando que no soy con ellos el mismo de antes. Lo que pasa es que no puedo yo estirar indefinidamente las partidas del presupuesto de egresos. Ojalá no se me nombre en definitiva subsecretario, como se ha venido rumorando por ahí. No lo deseo de ningún modo. Nada más lejos de mí que tal pensamiento. En estas altas situaciones todo es acíbar, amigo mío, créame Ud. Yo . . .

Después vuelve a mi asunto; apunta algo a lápiz en un cartapacio, y me tiende la regordeta mano con cordialidad estudiada y aparatosa. No he salido todavía del despacho, cuando lo atruena la potente voz:

— ¡Que pase el señor Morquecho!

Y mientras Morquecho penetra en el augusto recinto, me alejo reflexionando acerca de los hombres de autoridad y poder. Me parece que acabo de dejar a uno de ellos, del más puro tipo por cierto, en su habitual ocupación, el jupiteriano ejercicio de fulminar y anoadar mortales.

\*

Transcurren unos meses, tres o cuatro, y un día mi jefe me llama a su despacho.

—Vuelva—me dice—a buscar a Medrano, pues aun no se concluye aquél negocio.

Ocurro de nuevo en busca de mi héroe. Seguro de hallarle, acudo a las vastas antesalas que guardan criados galoneados. Nadie conoce ya a Medrano, a pesar de que son los mismos porteros de antes. Tras mucho indagar y trajinar, y repetir las señas, y ayudar a hacer memoria a ujieres y escribientes, alguien me indica que el caballero por quien pregunto acaso trabaja en los sótanos, debajo de la escalera de servicio.

En efecto, allá doy con el pobre hombre que no conserva de su pasada y efímera grandeza sino el levitón, que sin duda le sirvió para casarse largos años ha. Inclinado sobre vieja máquina de escribir, con el desaliño de la miseria en las ropas, escucha una vez más la historia demasiado corriente del legajo perdido. Al hablar observo en el descuido de su barba, en sus zapatos llenos de polvo, en sus calcetines caídos, en su mal anudada corbata, los lamentables estragos de un cambio brusco de la suerte. Me despido comprendiendo que dada su posición actual, su intervención en nuestro negocio es punto menos que inútil.

Estrecho su manaza con sincera conmiseración. ¡Pobre Medrano, cuánto habrá sufrido, desconocido y olvidado de todos! A decir verdad, tenía muy serios motivos para triunfar y alcanzar buen éxito: el imponente volumen de su cuerpo, la voz de barítono, el levitón... su inane verbosidad.

ALMANAQUE DE LAS HORAS

A LOS CINCUENTA AÑOS.—La vida se va quedando atrás como el paisaje que se contempla desde la plataforma trasera de un coche de ferrocarril en marcha, paisaje del cual va uno saliendo. Algún elemento del primer término pasa al fondo; el árbol airoso cuyo follaje recortaba las nubes va reduciendo su tamaño a toda prisa; el caserío, en el recuesto del valle, con su iglesita de empinada torre comienza a borrarse al traspasar la ladera; el inmenso acueducto huye de nosotros a grandes zancadas.

Un paisaje del cual se sale, en que todo se empequeñece y se pierde. Eso es la vida.

\*

Cuando alguien fracasa, nadie se ríe ni se alegra sino el que fracasó antes.

\*

INTRAVERTIDOS Y EXTRAVERTIDOS.—A los ojos de Dios ¿quién contará más, el que toda su vida libra una batalla interior y padece a menudo derrotas vergonzosas y retiradas sin cuento, en una palabra, el

que lleva un conflicto interno—no por silencioso menos cruento—; que el ser que todo es acción exterior y cuya guerra es a la luz del sol y no a la indecisa de la meditación; contra otros hombres y no contra un enemigo de la misma carne; y cuya espada no hace correr calladamente y gota a gota la sangre más roja del propio corazón?

\*

La vida presente está compuesta como de muchas notas. Nos corresponde sin embargo escoger de ellas la que sea dominante en este acorde, que tiene a veces disonancias tan extrañas y desapacibles.

\*

Nada importa pagar caro o barato las cosas del mundo. Los que dan poco por ellas revélanse hábiles y a veces pícaros. Los que las compran caro acredítanse de torpes; y si con desdén y altivez, de señores. No tiene importancia el precio en números, puesto que si varían en el juego falaz del deseo sujeto y objeto, la posesión trae siempre el mismo gozo y el mismo desengaño.

\*

Toda la historia de la vida de un hombre está en su actitud.

\*

La melancolía es el color complementario de la ironía.

Somos más nuestras intuiciones que nuestra propia vida. Éstas y aquéllas están en planos lejanos. Mi vida no es mía sino en una pequeña medida; a los demás pertenece el resto, a las gentes que me rodean, a los dioses o fuerzas locos y misteriosos que presiden nuestros sucesos. La mayor parte de mis acciones está gobernada por exigencias e instintos biológicos que desdeño cuando medito y existo realmente.

El trato social es a ratos como una terrible losa que abrumba nuestra personalidad y acaba por deformarla. Al que hacemos sufrir será dulce, tímido, cobarde, astuto (¿bien educado, en una palabra?) Al que aceptamos fácilmente, soberbio, seguro de sí. Nuestra individualidad es un patrimonio del que disfrutamos ya tarde y que hemos tenido administrado en la menor edad por buenas y malas manos, al azar. La verdadera historia de uno la constituye el rosario de horas solitarias o de embriaguez (embriaguez de virtud, de vino, de poesía, ¡oh Baudelaire amado!) en que nos doblega el estrago de una plenitud espiritual. Lo demás en las biografías son fechas, anécdotas, exterioridades sin significación.

\*

Las mentes son como los relojes: no las más finas las que fácilmente se descomponen, las que acogen a ciegas cualquier necia moda que las apasiona y saca de tino.

El sol, rubio y apoplético, y el soberbio y magnífico Júpiter jugaban, por sobre la red de los asteroides, a la pelota, que era pequeñita, verdemar, y zumbaba gloriosamente en los espacios luminosos. ¡Ah, se me olvidaba: la diminuta pelota que llamáis la Tierra había caído de este lado de los asteroides, y el sol iba a recogerla para proseguir. Este instante, no más largo que la sonrisa de una diosa, los mortales lo llamaríais varios millares de trillones de siglos. Así soís de ampulosos, vosotros los seres de un momento. Pues bien . . . ¿pero a qué continuar si ignoráis las reglas del juego?

\*

Entre el héroe que sencilla y naturalmente ofrenda su vida y el último truhán que ejecuta el acto más antiheroico, ¡cuánta variedad de tipos constituyen el puente entre ambos, salvan la distancia de uno a otro, y sin diferencias perceptibles de eslabón a eslabón, llevan en arriscada curva del santo al pícaro! El héroe vanidoso; el fanfarrón, con heroísmo remoto; el embustero que indirectamente reverencia las acciones heroicas sin poderlas ya realizar; el belitre que ocasionalmente puede ser heroico; el canalla y el bergante que no lo son nunca. En medio de ambos extremos—el santo y el malhechor—está la sección incolora, vasta y espesa en que se emplea tanta vida gris y sin consecuencia.

Todos tenemos dos filosofías: aquélla cuyas ideas morales quebrantamos en nuestra conducta, a causa de nuestra voluntad frágil; y otra filosofía, más humana, con la que nos consolamos de nuestras caídas y flaquezas.

\*

Los espíritus puramente lógicos, los dialécticos, son los más dañinos. La existencia es ya de suyo de los más ilógico y milagroso. En el engranaje silogístico perfecto y ruín de un abogado ergotista muchas instituciones jugosas y lozanas se prensan y se destruyen. Líbrenos los dioses de estos malos bichos, teorizantes, fanáticos, recitilíneos, aniquiladores de la vida.

\*

Cierta complacencia con el trato de los charlatanes acaso no sea más que la falaz y rebelde esperanza de creer que los que están fuera de la ley social nos van a decir algo distinto del monótono e indestructible lugar común.

\*

El saludar y despedirse son como la puntuación del trato social. Corresponden a una concepción poética del comercio humano. Despedirse al partir de una fiesta equivale a confesar que se pone punto final a un espacio de tiempo que tiene valor y significación en sí.

El solitario se alimenta de sí mismo, a sí mismo destruye. Su paisaje es siempre el mismo, su universo lleno está de sí mismo. Cuando viaja o frecuenta otros hombres inteligentes, tendrá que hacer muchas rectificaciones a sus juicios, ideas y percepciones, errores que proceden del vicio mental que se llama soledad y que ha estorbado el sano y libre desarrollo de su entendimiento, anquilosándolo en un monólogo infecundo. El romanticismo preconiza y exalta la soledad, pero el siglo XVIII, más sabio, ensalzaba la sociabilidad, "flor de la civilización". Del Romanticismo data una desproporcionada estimación del yo respecto de los demás. El romántico es a veces un actor genial en un teatro vacío. El solo llena y rebasa el grande escenario que es el mundo. A menudo antójásenos el Romanticismo como una galería de grandes insociables, grandes huraños, grandes egoístas, grandes solitarios.

\*

En una esfera superior desaparecen con frecuencia ciertas contradicciones meramente aparentes y formales. Por eso es tan penoso para ciertos espíritus distinguidos el espectáculo de una discusión, en que los frutos son secos, marchitos, verbales, lógicos, sin contenido vital.

*... la murmuración maliciosa de quien no  
hay estado que se escape.—(Cervantes).*

Nada tan difícil como destruir una falsa opinión ajena sobre nosotros. Con nada logramos corregir una mala impresión que perdura. Nada podemos hacer para que ciertas gentes muden apreciaciones desfavorables originadas por cierta actitud tímida; por un chascarrillo a costa nuestra que hizo fortuna y que se recuerda siempre que se nos nombra; por alguna cena en que el vino descubrió modos de ser que no nos son habituales; por habladurías de algún gratuito enemigo cuya vanidad o impotencia rozamos al pasar, sin caer en ello; por una de esas mil causas—no débiles por mínimas—que rigen la formación de los juicios sociales, en que hay mucho de fortuito, de azar, de capricho, de ruindad, de bajeza y de vileza. Nada de esto podemos combatir porque se trata de un adversario de que rara vez nos damos cuenta. Ante la maledicencia estamos totalmente indefensos.

\*

—¿Por qué no fuma Ud.?

—Porque estoy entre las virtudes y los vicios, en equilibrio perfecto; y un pequeño vicio más me inclinaría decididamente hacia los vicios.

\*

Los informales desperdician como cosa propia el tiempo precioso de las gentes puntuales.

En amor sólo hay dos situaciones: persigue uno a una mujer o trata de librarse de ella. Pero dentro de esta seca fórmula general, qué variedad cabe de embrollos, de incidentes; qué diversidad de sentimientos, qué prodigio de matices, desde el anaranjado del primer deseo —imperioso y desesperado— hasta el violeta del último desengaño en que de nuevo tornamos al monólogo de siempre, al querelloso y grave monólogo de siempre.

\*

La mujer es una fuerza de la naturaleza, como el viento o el relámpago, terrible desatada; para el que quiere pagar el hospedaje, necesarísima, sujeta a la inteligencia ordenadora. O nos arrolla como al mísero des Grieux, o nos saca como a tantos (a France, por ejemplo) del marasmo de la pereza y la vida estéril. Al igual que Odiseo ante las divinidades incógnitas, acerquémonos a ella temerosos si no sabemos la fórmula mágica que ata y orienta su incontrastable energía.

\*

Un día se hastiaron las sirenas de los crepúsculos marinos y de la agonía de los erráticos nautas. Y se convirtieron en mujeres las terribles enemigas de los hombres.

En el brillo frío de tus ojos y en la risa inhumana de tu boca y también en la olímpica frivolidad de tus razones y de tus gráciles velos, he adivinado que eres

uno de estos crueles númenes que vengan alguna antigua y secreta afrenta olvidada ya hasta de los mitólogos más eruditos.

\*

La mujer, al salir de la juventud, pasa de la contemplación desinteresada de las cosas concretas a las generalizaciones, de la pasividad del instinto a la actividad intelectual que todo lo ata y desata. Al principio es sólo ideal espectadora de la vida, en tanto que nosotros, al contrario, comenzamos por ser teorizantes impenitentes y dados a todo género de abstracciones, y con los años asistimos a la bancarrota de nuestras ideologías.

Así pues en ellas es más espontáneo el desenvolvimiento de las facultades intelectuales, más natural y libre la historia del espíritu. Tienen sobre nosotros la superioridad de quien alcanza sus conquistas por modo más lento y suave.

En los hogares firmemente edificados se descubre en la esposa mayor comprensión para todo que en el marido, más hondo sentido de los ritmos misteriosos de la vida. El es a su lado un instrumento de allegarse medios para subsistir, un ser con funciones bien definidas; y tiene nada más la importancia transitoria del macho en ciertas especies zoológicas de que nos hablan los naturalistas.

\*

No hay que envanecerse nunca de una incomprensión.

Quien no tenga nada que decir debe también escribir. Como la figura de Rops sostendrá sobre sus muslos y con los brazos alzados la gran lira a la que manos invisibles arrancarán los arpegios más sibilinos, los mensajes siderales más lejanos.

\*

Alguien hablaba de escritores de imaginación y de escritores de sentimiento. Creo que los primeros, cuando exacerban las condiciones de su índole y producen ideología estéril semejan ventiladores eléctricos dentro de campanas neumáticas. Los segundos, cuando no tienen genio son absolutamente intolerables.

\*

Un amigo me confesó:—Mi vocación literaria es tan corta que tengo que prescindir de matrimonio, ambiciones, etc., pues cualesquier preocupaciones de esta orden la dominarían y anonadarían.

\*

Prestamos a las ideas calor humano. Somos en algún sentido, su personificación, sus campeones. La distinción espiritual, la suma inteligencia y otros atributos raros asegurarán el triunfo de ciertos principios que no se impondrían tan fácilmente si no tuvieran a su servicio tan eficaces mantenedores.

UN TIPO.—Lo que solía afirmar era falso las más veces, cuando no trivial. Su dialéctica, especiosa; su énfasis, innecesario; patente su ignorancia de todo. Pero . . . ¡qué tono de voz estupendo! ¡qué porte tan científico! Nunca se vió en sabio auténtico mejor estilo, mayor aplomo, superior actitud, más noble seguridad.

INDICE

## CORRECCIONES

<i>Página</i>	<i>Línea</i>	<i>Dice</i>	<i>Debe decir</i>
44	9	concurrieron	ocurrieron
90	20	ciertos espíritus	algunos espíritus
91	7	cierta actitud	una actitud
91	7	un chascarrillo	el chascarrillo

	<i>Págs.</i>
De fusilamientos .....	7
Para aumentar la cifra de accidentes .....	13
La amada desconocida .....	17
La gloriosa .....	21
La humildad premiada .....	25
El descubridor .....	29
El héroe .....	33
Mujeres .....	37
El celoso .....	41
Anywhere in the south .....	49
La feria .....	53
Plautina .....	57
La cocinera .....	61
Los unicornios .....	65
Estampa .....	69
Le poète maudit .....	73
Gloria mundi .....	77
Almanaque de las horas .....	85

Este libro se acabó de imprimir el  
día 21 de septiembre de 1940,  
en los talleres de *Artes Gráficas  
Comerciales*, S. C. L., con tipos  
Garamond, en papel Eggshell Book,  
al cuidado de *Daniel Cosío Ville-  
gas* y *Francisco Giner de los Ríos*.

# O T R A S O B R A S

de

## *La Casa de España en México*

Enrique Díez-Canedo: *El Teatro y sus enemigos*.—Juan de la Encina: *Goya: su mundo histórico y poético*.—Alfonso Reyes: *Capítulos de literatura española*.—Antonio Caso: *Meyerson y la física moderna*.—María Zambrano: *Pensamiento y poesía en la vida española*.—José Gaos y Francisco Larroyo: *Dos ideas de la filosofía*.—José Gaos: *Filosofía de Mainónides*.—León-Felipe: *Español del éxodo y del llanto*.—José Moreno Villa: *Locos, enanos, negros y niños palaciegos, gente de placer de los siglos xvi y xvii, y Cornucopia de México*.—Juan José Domenchina: *Poesías escogidas*.—Adolfo Salazar: *Música y sociedad en el siglo xx, y Las grandes estructuras de la Música*.—Genaro Estrada: *Bibliografía de Goya*.—Luis Recaséns Siches: *Vida humana, sociedad y derecho*.—Jesús Bal y Gay: *Romances y villancicos españoles del siglo xvi*.—Justo Sierra: *Evolución política del pueblo mexicano*.—José Medina Echavarría: *Sociología contemporánea*.—Adolfo Menéndez Samará: *Fanatismo y misticismo*.—Jaime Pi-Suñer: *Bases fisiológicas de la alimentación*.—José Giral: *Fermentos*.—Benjamín Jarnés: *Cartas al Ebro*.—Manuel de Rivas Cherif: *La fotografía de las membranas profundas del ojo*.—Pedro Carrasco: *Óptica instrumental*.—Juan Roura-Parella: *Educación y ciencia*.—Samuel Ramos: *Hacia un nuevo humanismo*.—Rafael Sánchez de Ocaña: *Reflejos en el agua*.